

## LAS FECHAS DE LA O. P. I., LAS FECHAS DEL NIKÉ

### DATES OF THE O. P. I., DATES OF NIKÉ

**Julio DEL PINO PERALES**

Universidad de Zaragoza

juliodelpinoperales@gmail.com

**Resumen:** En la historia de la literatura contemporánea en Aragón, la asociación entre dos entidades, el café Niké y la Oficina Poética Internacional (O. P. I.), es hoy un fenómeno literario que merece un amplio estudio de conjunto, en cuanto iniciador de la más importante etapa de la poesía aragonesa, a partir de los años 50 y 60. En este trabajo trataré de determinar la historia de ambas empresas y la del curso de su relación, hasta converger en lo que se conoce como la tertulia o peña del Niké.

**Palabras clave:** Poesía española contemporánea, Poesía en Aragón, Miguel Labordeta, Oficina Poética Internacional.

**Abstract:** In the history of contemporary literature in Aragon, the association between two entities, the Niké cafe and the International Poetic Office (O. P. I.), it's a literary phenomenon that requires an extensive joint study, as a precursor of the most important poetic era of Aragon from the 50's and 60's. In this work, I'll try to determine the history of both enterprises and the course of their relation, untill their junction into what today we know as the poetic group of Niké.

**Key words:** Spanish contemporary poetry, Poetry in Aragon, Miguel Labordeta, International Poetic Office.

Está muy asentada la tendencia historiográfica a catalogar la poesía española a mediados del siglo XX en dos vertientes principales y confrontadas, los formalistas del garcilasismo y los comprometidos con una poesía socialrealista. Más tarde, con el apogeo de la poesía social vendría el giro autocrítico que dio pie a la polémica en torno a las concepciones de la poesía en su aspecto comunicativo y determinado, como exponían Vicente Aleixandre y Carlos Bousoño, o en sus capacidades lingüísticas y cognoscitivas, como rebatían los autores barceloneses, Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma fundamentalmente, y José Ángel Valente años después. Sin embargo, en aquellos años la poesía española era más rica de lo que la historia literaria pretende. El Postismo, por ejemplo, a mediados de los 40 aún sostenía con empeño la fe en programas, preceptos e intervenciones vanguardistas, manteniendo viva la llama del surrealismo, el dadaísmo y el creacionismo. Entre los temas insuficientemente atendidos por la historiografía literaria —más allá de un ámbito regional—, no deja de ser llamativa la escasa o nula presencia que Zaragoza tiene en este panorama poético, pese a lo numeroso de sus poetas y, sobre todo, el nacimiento y desarrollo de un fenómeno literario a lo largo de los años 50 y 60 como es el grupo de poetas de la O. P. I.-Niké que, sin constituir una escuela propiamente dicha y siendo muy heterogéneo bajo la influencia de Miguel Labordeta, pretendió desmarcarse de las corrientes líricas dominantes en la época.

En 1984, el Ayuntamiento de Zaragoza editó dos volúmenes bajo el título de *OPI-Niké. Cultura y Arte independientes en una época difícil*. En estos dos valiosos libros, hoy asequibles ya solo en el mercado de segunda mano, se recogió un pedazo de la historia cultural aragonesa contemporánea: el grupo de escritores y artistas que a lo largo de los años 50 y 60 inició lo que Lázaro Carreter considera un verdadero siglo de oro aragonés (Lorenzo de Blancas, 1986: 22). La presentación de los volúmenes en el Salón de Actos del Ayuntamiento se realizó en el marco de la llamada «Semana Conmemorativa de la OPI-Niké» celebrada entre el 26 de abril y el 6 de mayo del 84, entre cuyos actos se llevaron a cabo también lecturas y recitales, en el Teatro del Mercado, de muchos de los poemas recogidos en la antología poética del primer volumen.

El binomio «OPI-Niké», homenajeado entonces, se ha llegado a identificar, con el paso de los años, como las dos caras de una misma entidad, cuando en realidad se trata de dos elementos que conviene diferenciar con claridad para entender mejor la historia de este fenómeno cultural. Además de establecer esta diferencia, se tratará de situar en el tiempo con la mayor precisión posible el nacimiento de ambas entidades y el curso de su relación.

¿Qué es la O. P. I. y qué es el Niké? La primera es la sigla bajo la que se conoce la Oficina Poética Internacional, una asociación de escritores a la que, comúnmente, se le ha asignado un carácter más ficticio o fantasmagórico del que merece, pues el empeño de su fundador, el poeta zaragozano Miguel Labordeta, fue muy real. La inquietud de ese proyecto suyo, el de una libre asociación de poetas independientes y al margen de las convenciones, llegó incluso a materializarse en la redacción

de manifiestos, la expedición de auténticos carnets de «Ciudadanos del Mundo» adscritos —el propio Labordeta y García Abrines fueron los dos primeros—, y la ceremonial entrega de títulos a los poetas miembros conforme pasaban a engrosar sus filas; así como también en la edición de una revista, *Despacho Literario* (1960-1963), que se erigía en órgano de expresión oficial de la O. P. I. Por su parte, el Niké fue un café que abrió sus puertas el 23 de mayo de 1940 en el número 10 de la calle Requeté Aragonés —hoy calle 5 de Marzo—, para cerrarlas el 22 de mayo de 1969. Si bien el café no murió como negocio, ya que fue trasladado a las instalaciones de Radio Zaragoza, su cierre en cambio selló el fin del maravilloso fruto de la relación entre ambas empresas: una tertulia, o una peña, o una reunión independiente, informal y sin nombre donde uno pudiera sentirse un poco más libre, acogido e inspirado. Dice Tello, en uno de los textos introductorios al primero de los dos volúmenes citados, que «Niké no era una tertulia o una peña en el estricto sentido usual de la palabra. Niké era simplemente Niké» (1984: 47). Y más adelante aclara: «Ninguna entidad más convencional que Niké; por tanto, nada menos reglamentario, organicista o constitucional. Era la contingencia frente a toda prescripción o necesidad» (1984: 48). Sea como fuere, poco más de dos meses después del cierre del café, y como si se tratara de un irónico broche final, el destino quiso que el 1 de agosto de ese mismo año 1969 muriese Miguel Labordeta, el padre de la O. P. I.

En cuanto a la cuestión sobre qué fue antes, si la O. P. I. o el Niké, el café, como tal, fue anterior. Pero si se toma como sede principal de la tertulia, como «domicilio oficioso de la O. P. I.» (Emilio Alfaro, 1973: 47), entonces la O. P. I. fue primero. Porque si por algo es recordado hoy el café es por la peña cultural que acogió. Aunque es de justicia recordar que a mediados de los 40, albergó las charlas de un grupo de pintores que exponían juntos bajo el nombre de «Peña Niké».

La «Semana Conmemorativa de la OPI-Niké» se programó en 1984 por el año, ya que fue entonces considerado el 30º aniversario, así que cabría suponer que la conjunción de ambas empresas se produjo en 1954. Las cuentas, no obstante, fueron aproximadamente reafirmadas en 2003, con la edición conjunta de un libro y un disco, donde el grupo Monte Solo recitó y musicalizó poemas del grupo de escritores, titulados *25 canciones y poemas de la O. P. I. Niké en su 50 aniversario*. Pero en realidad, a la altura de 1954, o del 53, buena parte del grupo de poetas que hoy conforman la nómina canónica de la O. P. I. ya llevaban un tiempo reuniéndose en el café, y lo más curioso es que a pesar de que la O. P. I. ya estaba fundada, ningún poeta del Niké, excepto su creador, formaba aún parte de ella. El café y la sociedad poética nacieron por separado.

La primera vez, que se tenga constancia documental, en que se menciona la Oficina Poética Internacional por parte de Miguel Labordeta es el 13 de agosto de 1950, en una carta dirigida a Gabriel Celaya (2015a: 36-37, 62-65). En ella acusa el recibo del libro del guipuzcoano, *Deriva*, elogiándolo, y a su vez el zaragozano le remite la copia mecanografiada de un poema propio, «Salutación al pueblo en primavera». Este poema fue publicado en las páginas de hasta tres revistas (2015b: 147), igual que otros con los que Labordeta conformaría el libro *Los nueve en punto* y que, no obstante, no pasaría la censura. El poemario lo tendría terminado desde 1951, pero no vería la luz hasta 1961 y con un nuevo

título, *Epilírica*. Volviendo a la misiva de agosto del 50, Labordeta le comenta a Celaya en un margen del poema:

Hablé con Nora, te mencionamos. Hemos de unirnos los «malditos», quiero decir los no subvencionados por el guisopo. Quiero aquí fundar la Oficina Poética Internacional, lanzar un manifiesto Ópico al País en primavera y todos sus alrededores. Y cuento contigo. Poesía mágica, lírica y objetiva también. Poesía ópica del Mundo (2015a: 37).

Ese verano de 1950, por tanto, Labordeta ya llevaba rumiando el proyecto de asociación e incluso un manifiesto, pero no se vuelven a encontrar referencias a la O. P. I. hasta junio del 51. La motivación para llevar a cabo ese proyecto le vendrá de múltiples fuentes y experiencias, casi todas incubadas en y a partir de su estancia en Madrid durante el curso 1946-1947. Pero otras vivencias harían mella en su carácter y le irían convenciendo de la necesidad de cambiar el estado de las cosas.

En primer lugar, una frustración profesional y familiar. A Madrid se trasladó en noviembre del 46 con el propósito de documentarse para realizar una tesis doctoral, por un insistente empeño de su padre más que por propia convicción. Volvió a Zaragoza en junio del 47 sin haber avanzado apenas en la tarea, pero trajo bajo el brazo un cuaderno de 15 x 10 cm lleno de poesía. Se trataba del borrador del poemario *Sumido 25*, y que la imprenta de *Heraldo de Aragón* le publicaría en el verano de 1948 con portada de su amigo Antonio Mingote. Las discusiones con su padre, las tensiones en la casa y el ser forzado a dar clases como profesor sin vocación en el colegio familiar, como se esperaba del adulto que era, agriaron el carácter del poeta.

En segundo lugar, dos desengaños amorosos. El primero, una relación imposible con una alumna diez años menor que él, y que terminó rechazando a Miguel en septiembre del 48 para irse con un joven capitán, con un futuro más prometedor. El segundo rechazo fue de otra alumna y en muy parecidas condiciones, en el fin de curso del 49. Dos desamores en apenas un año espantarán de la mente de Miguel toda posibilidad real de encontrar una mujer que le quisiera y estuviera dispuesta a compartir su vida con él. La mujer, de ahora en adelante, y en un proceso en el que se entremezclan idealización y repulsión, quedará despersonificada en ausencias inalcanzables y abstracciones líricas por las que lamentarse en sus textos. Labordeta convertía a la mujer en tema literario.

En resumen, un doctorando sin tesis pero con un libro de poemas, cuyo fracaso provoca una mala relación con un padre decepcionado y que ha sufrido el menosprecio de dos mujeres en menos de un año.

Pero le quedaba Madrid. El trozo de Madrid que se trajo consigo. Después de todo, en la capital saboreó cosas que faltaban en Zaragoza, que tan pequeña se le antojaba a su regreso. Sus ambientes, sus tertulias —como la del Café Lisboa, a la que acudía—, sus reuniones, sus autores y sus inquietudes. Ni siquiera faltaba un chispazo vanguardista, como fue el Postismo, con cuyos autores trató, o la presencia de Tomás Seral y Casas, librero y galerista aragonés que en 1945 dejaba Libros en Zaragoza para inaugurar la librería-galería Clan en Madrid, y que además de ser poeta, y un revulsivo activista cultural de vanguardia desde la Zaragoza de los años 30, editaría el segundo poemario de Labordeta, *Violento idílico* (1949). De todo se contagió y se inspiró en la capital, y conoció y trató a muchos de

sus protagonistas, como Francisco Nieva, Eugenio de Nora, Gabriel Celaya, Carlos Edmundo de Ory, José Antonio Novais, González Mas, Antonio Buero Vallejo, Eduardo Chicharro, Ángel Crespo o Vicente Aleixandre. Esa atmósfera de creatividad le impulsaba a reproducirla en la capital de su tierra. De alguna manera, sentía la necesidad de sacudirle el polvo, la modorra y la aburrida oficialidad cultural a Zaragoza.

Por todo esto se empeñó en seguir escribiendo. No lo detuvo la reacción del padre, que escondió las tiradas de *Sumido 25* en el desván del caserón de los Labordeta. Ni las malas críticas que muchos de sus conciudadanos, y algunos de sus profesores, le dedicaron, salvando Joaquín de Entrambasaguas —con su crítica positiva en *El Año Literario*, en enero 1948— y su profesor don Francisco Ynduráin, que intercedió con su padre en favor del joven. Miguel continuó en su labor lírica, y publicó en octubre de 1949 *Violento idílico*, de cuya edición se encargó Seral y Casas desde Madrid, como se ha apuntado, a través de su librería Clan. Por último, en junio de 1950, Celaya lo incluyó en su Colección Norte con *Transeúnte Central*. Tres libros en tres años fueron respaldando la trayectoria y el nombre de Miguel Labordeta, que empezó a valorarse en algunos círculos literarios.

Miguel ya se había puesto en marcha. Mientras escribía y publicaba, y preparaba su próximo libro; mientras observaba y meditaba el mundo y la vida desde su cuarto, desde su «Faro» como él lo llamaba, y mientras desarrollaba esa voz poética con la que había logrado sintonizar durante su estancia en Madrid, el joven autor cada vez veía más claro qué había que hacer con la poesía en España. Había que hacer «Poesía revolucionaria», y lo expuso en un texto estimulante y hermoso, que *España* publicó en su N.º 47 de 1950. En esta proclama, comienza denunciando el callejón sin salida en el que se encuentra la poesía española: «esta poesía “subvencionada”, excelentemente mediocre, de un blando tono nostálgico y artificiosamente perfecta (insoportablemente perfecta), está absolutamente estancada y ya nos comienza a corroer su putrefacción» (1950, s.n.). Y tras rechazar las poéticas que dominaban el mercado editorial del momento —«No una poesía minoritaria y cadavérica, mas tampoco una poesía popular y sentimental» (ibid.)—, Labordeta defiende un discurso lírico más humano, más auténtico y universal, porque los tiempos precisan de poetas que «griten las verdades eternas del hombre de hoy al mundo entero, sin contemplaciones» (ibid.).

Su idea de lo que debiera ser la poesía fue contestada por José Luis Cano en su artículo «Poesía y polémica», en *El Correo Literario* —N.º 16, 15 de enero de 1951—, donde equiparaba a Labordeta con Eugenio de Nora, Victoriano Crémer, Gabriel Celaya y el grupo de poetas espadañistas que allanaban el camino hacia la poesía social, popular y comprometida. Dos meses después, Labordeta publicaba en el N.º 20 del mismo diario su contestación a José Luis Cano con el artículo «Ni poesía pura ni poesía popular» (1951: s.n.), donde se reafirmaba en sus ideas y tomaba distancias poéticas con todos los autores del momento. Sus textos, efectivamente, eran el comienzo de algo nuevo.

Pero cuando Labordeta comentó a Celaya que quería lanzar un «manifiesto Ópico al País en primavera», tardaría un tiempo en redactarlo. Necesitaría un impulso, que encontró en una carta que le enviara el mismo Celaya el 16 de junio de 1951, donde se confesaba en compartir esas ganas de

revolver el panorama poético español, y le preguntaba por esos proyectos sugerentes de los que le había hablado hacía casi un año:

¿Qué ha sido de tu bonita Oficina Poética Internacional? Me prometiste escribirme con detalles pero no lo has hecho. Y sin embargo algo podía hacerse. Yo tengo mucha tripa, poco pelo y demasiados años encima. Pero siento como hace veinte años —yo puedo escribir *20 años después*— la necesidad de remover, patear y reír como quien sacude viejas alfombras polvorientas. Nuestras revistas poéticas jóvenes me decepcionan. Son acomodaticias, solemnes y, en realidad, no muy poéticas. Habría que ensayar algo completamente distinto. Yo no sé qué. Pero algo a base de un grupo incombustible. No hay más remedio que volver a los grupos por antipático que sea (2015a: 122).

Seguidamente, Celaya le insiste: «Escríbeme si tienes algo pensado» (ibid.). La respuesta de Labordeta no se hace esperar, y en carta del 19 de junio, tres días después, le detalla su quimera colectiva:

La OPI, estando en idea, una especie de parodia existencialista; lo hablé en Madrid con De Ory y Novais y aceptaron. Cada uno tendríamos un puesto con retribución propia en versos o pinturas o... lo que fuere (no dinero, desde luego). Por ejemplo. De Ory sería el botones «celestial» y misterioso, Novais sería estatua, yo quizá «buzo ascensorista». La inauguración sería aquí —o en cualquier parte—, con una exposición de abstractos y un recital del «botones» De Ory u otro... Podría haber sucursales en la península y en el extranjero, con equipos volantes que actuaríamos desinteresadamente; la cosa, yo creo que es bonita, sería una manera de hacer poesía de una manera vital; hay una gran pega: dinero. Tu [sic] podrías ser el «marino goloso» [...] lleno de perlas, de algas, de cultura. Un abrazo (2015a: 42).

En las próximas semanas, Labordeta escribirá nuevos poemas, como «Severa conminación de un ciudadano del mundo», el 15 de agosto, o «Un hombre de treinta años pide la palabra», el 1 de octubre. Poemas que integrarán *Los nueve en punto* —es decir, *Epilírica*—, y de los que hará copias que mandará a Celaya. Pero entre verso y verso se animará, al fin, a redactar ese manifiesto del que habló. Debió hacerlo en algún momento del verano de 1951, entre el mes de agosto y el 21 de septiembre, a muy tardar, puesto que en esta fecha Labordeta escribe una carta a Celaya decisiva. Esta misiva, aunque Rubio añade a la fecha la cifra que falta, «21-9-5(0)», lo más seguro es que sea del 51. En ella, Labordeta comunica a Celaya que ha añadido su nombre al manifiesto, se entiende que sin su permiso: «Puse tu firma como Ingeniero del Mar en un Manifiesto Ópico (de la Ofic. Poet. Inter.) que dirigí al país desde *Deucalión*» (2015a: 38). A pesar de haber publicado poemas del autor zaragozano en números anteriores, Ángel Crespo nunca llegó a publicarle el texto en su revista. Pero la O. P. I., al menos, ya tenía su manifiesto.

El «Segundo Manifiesto Ópico al País y sus alrededores más céntrico en otoño o así», como finalmente lo tituló, constituía en el fondo la confirmación documental y material de la existencia de la Oficina Poética Internacional, la declaración pública de los valores poéticos que Labordeta venía defendiendo en revistas; y además estaba firmado por sus miembros, numerosos nombres que tenían cierto peso artístico. Aunque, por lo visto, muy probablemente Labordeta no contase con el consentimiento explícito de todos ellos. Igual que en el caso de Celaya, otro ejemplo es el de Carlos Edmundo de Ory, que en una dura carta fechada el 8 de noviembre le advierte —ya tarde aunque no lo sepa— que no quiere participar en «mezclas» con ciertas personas:

Me encontré la otra noche con Novais. Iba con otro muchacho, que también se decía poeta. Me estuvo contando que entre ellos y tú mezclado como emperador de la iniciativa, ibais a publicar un manifiesto. Es decir, un manifiesto escrito por ti. Y me habló en grandes rasgos anecdóticos del contenido de dicho manifiesto. Yo me reí con satisfacción, gustándome la idea. Mas luego me dolió y me dolí de mí mismo al tenerle que expresarle a Novais mi repulsa o mejor dicho mi negación respecto a figurar con mi nombre en ese manifiesto. Pues me dijo que lo firmaban también otros nombres. Y esos nombres me asquean [...]. ¡Ya no te quiero a ti para salvar nada! Porque estableces mezclas. Y odio las mezclas [...]. El talento es el talento. Y la vanidad es un elemento asqueroso para mí; digo, la vanidad provinciana, el deseo común y epidémico de ser poeta (repr. Ibáñez 2004: 105-106).

Pero la firma de Ory ya estaba incluida, y lo estuvo en todas las versiones del manifiesto que redactó Labordeta. No obstante, los firmantes varían según la versión, y esta es una cuestión que precisa detallarse, porque al parecer existieron, como mínimo, tres redacciones diferentes del manifiesto.

La tercera versión es la que reproducen Alonso Crespo (1983), y Pérez Lasheras y Saldaña (2015b), un texto que presenta ampliaciones, un título extendido —«Segundo Manifiesto (Ópico) Jounakos al País y sus alrededores más céntrico en otoño o así»— y nuevas firmas, y ausencias, respecto a una segunda versión anterior, que es la que reproduce Rubio (2015a: 67-73). Rubio afirma transcribirla de una copia mecanografiada fechada el «Día de Difuntos del Año 1.951», y aclara que es diferente al manifiesto editado por Alonso Crespo, que considera posterior. Pero si la carta en que Labordeta afirma a Celaya haber compuesto el manifiesto es del 21 de septiembre de 1951, entonces debe existir una primera versión anterior al 1 de noviembre y al 21 de septiembre. Esta sería la original, y probablemente manuscrita, en agosto o septiembre, como se ha apuntado antes, y a partir de la cual se realizaría la copia mecanografiada que reproduce Rubio. Además, la tercera versión solo podría haber incluido el término «Jounakos» a partir de algún momento en 1952, que es el año en que Luis García Abrines, personaje surrealista de la Zaragoza de la época, y amigo y cómplice de Labordeta en el asunto de la O. P. I., conoce a la que sería su mujer, Margaret Jounakos, natural de Grecia. Abrines marchó a París ese año a estudiar música contemporánea con una beca del gobierno francés, y allí fue donde la conoció (Barreiro, 2006: 223). La socarronería y la guasa de los poetas del Niké, que echaban mano de juegos de palabras y retruécanos como si fuera un deporte, no dejaron escapar el apellido de esta mujer, que dio de sí hasta para dar nombre a una de las categorías de poeta en la jerarquía de la O. P. I.

De cualquier manera, las ilusiones de Miguel Labordeta se vieron en parte frustradas el 10 de noviembre del 51. Ese día recibe una notificación de la Dirección General de Propaganda en la que se le comunica la prohibición de publicar su manifiesto (Ibáñez, 2004: 106), lo que muy probablemente explique que Ángel Crespo finalmente no lo publicara en *Deucalión*. Pero la censura no pudo evitar que el texto, no obstante, corriera de mano en mano y fuera leído por unos pocos. Entre otros, los contertulios del café Levante (Blancas, 1989: 122). En este otoño de 1951, como se verá, la tertulia en el Niké se encontraba aún en su fase embrionaria, pero Labordeta todavía no había cruzado las puertas del café.

Con todo, los títulos de las dos versiones editadas indican que se trata del «Segundo Manifiesto». Por tanto, ¿cuál es el primero? Más que algún poema de Labordeta, sus artículos «Poesía

revolucionaria» y «Ni poesía pura ni poesía popular» parecen mejores candidatos. El segundo en verdad se trata de una aclaración y justificación del primero, al mismo tiempo que una respuesta al citado artículo de José Luis Cano. Cabe suponer entonces que el «Primer Manifiesto Ópico» es «Poesía revolucionaria», firmado solo por Miguel Labordeta. Una cosa sí es cierta, la O. P. I. quedaba constituida, y en su «Segundo Manifiesto» no figuraba el nombre de ninguno de los futuros poetas contertulios del Niké.

Por aquellos años de 1950 y 1951, Miguel Labordeta no frecuentaba tan siquiera ese café. Lo más seguro es que no hubiera encontrado allí ningún poeta con quien charlar si hubiera acudido en el 50 o el 51. Pero tampoco fue el primer poeta en establecer en Niké la sede de una reunión literaria. Por las mismas fechas en que la censura prohibía el segundo manifiesto de la O. P. I., otros poetas decidían dar el salto al espacio poéticamente virgen que ofrecía Niké.

El café, como punto de encuentro de escritores, inicia su historia en algún momento a finales de 1951, probablemente en diciembre, a propuesta de Guillermo Gúdel (1919-2001). Gúdel trabajaba como tipógrafo, además de ser un abundante poeta de vocación tempranísima. Fue un hombre con una infancia muy marcada por el dolor, la orfandad —por muerte paterna y por abandono materno— y el distanciamiento de sus hermanos. Criado en Huesca, pero madurado en el Hogar Pignatelli de Zaragoza por propia elección, aprendió pronto el oficio de tipógrafo en los talleres del hospicio. Una vez obtenida en junio del 44 su licencia militar, y tras numerosos avatares de la vida, Gúdel terminó trabajando en la imprenta de don Eduardo Berdejo. Esta imprenta estaba situada en el número 9 de la calle Requeté Aragonés —frente al café Niké—, hasta su cierre en 1947. Allí tendría por compañero a un futuro poeta y contertulio, Luciano Gracia (1917-1986), y cuyos caminos no se volverían a cruzar hasta al menos diez años después. Se da el caso que un buen día de diciembre, pero de 1950, paseando Gúdel, se encontró con un antiguo compañero de los talleres del Hogar Pignatelli. En algún momento de la conversación salió a colación la afición poética de Gúdel, y el excompañero, al ver que seguía escribiendo versos, le invitó a conocer a unos colegas también poetas.

Se citaron un domingo de ese mismo diciembre y acudieron al domicilio de uno de ellos, en San José. El barrio entonces aún no había sido absorbido del todo por la ciudad, eran las afueras, y estaba poblado de pequeñas fábricas familiares, huertas y casas de campo, o torres, con sus patios, sus terrenos y animales. Aquel amigo poeta residía en el número 42 de la calle Doce de octubre. Se trataba de un joven, Julio Antonio Gómez (1933-1988), que con sus escasos pero tremendos 18 años ya escribía versos y acudía a la tertulia cultural que se celebraba en el café Ambos Mundos. A las reuniones dominicales acudía Gómez junto a un amigo del barrio y de la infancia, compañero del Colegio La Salle, Raimundo Salas (1932-1970). Muchos años después, Gúdel evocaría este día de encuentro en la revista *Samprasarana* (junio de 1988), del colegio Santo Tomás de los Labordeta, con motivo de la muerte de Gómez:

Un buen día, de improviso, aquel amigo mío del sobrepasado colegio, en fortuito encuentro por la calle, tras saludos y charla, me dijo que si te quería conocer. Tú, como yo, también estabas interesado por el arte, en general, y por la poesía, principalmente, y en el comienzo de una tarde dominguera, acompañado por aquel amigo de ambos, entré en tu casa —Doce de Octubre, 42—, donde con tu natural simpatía me invitarías



a tomar el café y el licor de la amistad. Luego acudiríamos a una pequeña reunión de amigos tuyos que se asentaba alrededor de una mesa del café Ambos Mundos. Allí estaba tu amigo de colegio y vecindad, el inexpressable y pensativo Raimundo Salas Mercadal, de tan fraternal memoria para ti y para mí. Los tres, desde entonces, sellaríamos y mantendríamos una hermandad que se iría consolidando a medida que los días y los encuentros se sucedieran (repr. Gracia Diestre 2003: 67).

Por el Ambos Mundos acudían, entre otros, el artista, editor y escritor Miguel Torrubia, Tapia, Enrique Carnicer o Ildelfonso Manuel Gil y, al parecer, se dejaban caer ocasionalmente Miguel Labordeta o Manuel Pinillos (1912-1989), con los que debieron de coincidir alguna tarde, y si cruzaron palabras, debieron ser más bien pocas. Manuel Pinillos, no obstante, debió de frecuentar más la tertulia de Los Espumosos. De cualquier manera, no se establecieron aún los vínculos. Durante todo un año, Gúdel, Gómez y Salas acudieron al café Ambos Mundos, fueron a cines y a restaurantes, compartieron libros y poemas, y conversaron largo y profundo sobre la vida, la cultura y el momento histórico que les tocó vivir. A menudo, terminaban sus encuentros tarde en la noche mientras se acompañaban a casa unos a otros. Por entonces, Guillermo Gúdel vivía con su mujer en la calle Maestro Estremiana, en Ruiseñores, de forma que no vivían muy lejos entre sí.

Al mismo tiempo, Miguel Labordeta y Manuel Pinillos ya debían mantener una cierta relación, quizá no de amistad aún, pero sí al menos cordial y respetuosa. Pinillos había fundado una revista, *Ámbito*, de la que solo publicó dos números en 1951. En el segundo, Miguel Labordeta colaboró con un poema. También guardaba Pinillos un recuerdo de ese año a su regreso de Gerona como funcionario de prisiones:

Me vuelvo a Zaragoza en el cincuenta y uno y quedo citado con Miguel en un café de la plaza de España. Miguel llegó con más de una hora de retraso. Y apenas se excusó. Aquella tarde nacía una gran amistad entre los dos. Muchas noches, a la puerta de Buen Pastor, nos alcanzaba el alba, charlando, hablando, discutiendo. Y, sin embargo, nunca llegamos a tener una gran intimidad. Éramos demasiado independientes. No sé si para bien o para mal, pero esa era la realidad (José Antonio Labordeta, 1981: 34-35).

Por su parte, Gúdel, Gómez y Salas, después de un año de creciente amistad y confianza, a finales del 51, y mientras aquel recién prohibido manifiesto de la O. P. I. corría de mano en mano, empezaron a no sentirse tan cómodos en las reuniones del Ambos Mundos. Fue entonces cuando, como alternativa, Gúdel propuso marchar a un café, dos calles más abajo por el Paseo Independencia, que había frente a una imprenta en la que trabajó años atrás. Era el Niké. Gúdel justificaría el cambio en su momento con un cortés «no sabríamos muy bien por qué razón» (Gracia Diestre, 2003: 68), pero su biógrafo, Gracia Diestre, asegura que se marcharon del Ambos Mundos porque el «ambiente general que predomina en la tertulia no parece satisfacer demasiado a los tres amigos. Esta circunstancia se origina a raíz de generalizarse la idea necesaria de darle un carácter más formal» a las reuniones (ibid.). Así que, no dejándose encorsetar por formalismos y protocolos de tertulias literarias, y procurando cuidar esa naturaleza despreocupada, alegre y libre de su sana amistad, decidieron marcharse al Niké.

Por tanto, a finales de 1951, por un lado, ya existen la Oficina Poética Internacional de Labordeta y sus manifiestos y, por otro, un pequeño pero apasionado grupo de poetas comenzaban a reunirse en el café Niké.

El cruce de ambos se produciría en 1952, cuando Manuel Pinillos es galardonado con el Premio de Poesía Ciudad de Barcelona en su edición convocada el año anterior, por su libro *De hombre a hombre*. De la noticia se entera Raimundo Salas, y se lo comenta a Gómez y a Gúdel. A la sazón, en 1952 los poetas zaragozanos con más libros publicados y un cierto reconocimiento literario, además de Ildefonso Manuel Gil, eran Miguel Labordeta —con tres libros y uno censurado— y Manuel Pinillos, que además de este cuarto poemario, este mismo año publicaría también el quinto. Gómez y Salas algún leve trato debieron tener con Pinillos en el café Ambos Mundos antes de conocer a Gúdel, cuando al asombrarse este por la concesión del premio a un poeta de la ciudad, y mostrar interés por Pinillos, Salas le propone acudir a su domicilio para conocerlo mejor, hacerle algunas preguntas y hablar de poesía.

Manuel Pinillos vivía entonces en la casa de sus padres, ubicada en la Plaza de España 3, 1º izq., es decir, en la misma manzana donde se ubicaba el Niké. De aquella reunión en su casa, Pinillos recuerda lo siguiente:

La Tertulia de Niké, cuando nosotros la llegamos a conocer, estaba formada por tres o cuatro. Se reunían Gúdel, Gómez y Salas. Y un buen día vino Raimundo Salas a hacerme una entrevista a casa, porque me habían dado el premio Ciudad de Barcelona, y me habló de la peña que tenían. Yo se lo conté a Miguel Labordeta y nos unimos a ellos. A veces venían a mi casa, otras, íbamos allí a pasar el rato. Luego la cosa fue tomando volumen y formamos un grupo majísimo. [...] La OPI fue una broma de Miguel Labordeta. A Miguel le interesaba lo de ciudadanos del mundo (repr. Martínez Barca, 2000: 35-36).

Así es como el núcleo original de los poetas del Niké comenzó su andadura como grupo. Guillermo Gúdel, Julio Antonio Gómez, Raimundo Salas y, pocos meses después, Manuel Pinillos y Miguel Labordeta. También acudía más gente, algunos quizá antes que Pinillos y Labordeta, como Miguel Torrubia, el crítico Gil Comín Gargallo, el novelista Eduardo Valdivia, los poetas Emilio Lalinde y Pedro Marín Ágreda, o Emilio Alfaro Gracia, ginecólogo, autor de teatro y guionista cofundador de la productora Moncayo Films. Alfaro también guardó recuerdos de su temprano paso por el Niké y el domicilio de Pinillos, dos ambientes tan complementarios como diferentes:

En casa de Manuel Pinillos —aquel suntuoso domicilio familiar de la plaza de España— conocí una tarde a los poetas Guillermo Gúdel y Raimundo Salas. Pinillos escuchó sus poemas en silencio y luego les animó a continuar. Salas y Gúdel le respetaban mucho; en aquellos momentos, figuraba ya en todas las antologías de la poesía española moderna. Por el amplio ventanal penetraba una suave luz desde el paseo de la Independencia, mientras yo decidía no leer las cuartillas que guardaba en mi cartera de estudiante de Medicina. Aquella reunión en casa de Pinillos tuvo algo de sobrecogedor. Estábamos ante el único poeta que vivía [...] para y por la poesía, sin pluriempleos ni desdoblamientos de personalidad (burócrata o técnico de 9 a 18 y escritor de esa hora en adelante). Salimos de allí con la sensación de haber permanecido unas horas en un santuario de la poesía. [...] Si la casa de Pinillos era el santuario de la poesía, «Niké», domicilio oficioso de la O. P. I., parecía el reino del barullo y de la alegría más desaforada. La personalidad de Miguel, expansiva, vital, irónica, ruidosa, dominaba el cotarro (Alfaro, 1973: 46-47).

Y tantos otros que hoy no se incluyen en la nómina canónica de los poetas. Tampoco faltaría la sana extravagancia de Luis García Abrines, que en este año era cuando marchaba a París. El buen ambiente que en el café se respiraba saciaba las inquietudes culturales de Miguel Labordeta y, de alguna forma, aliviaba sus frustraciones vitales, a las que en ese mismo 1952 se sumaba la censura de su cuarto libro. Entre todos se ayudaban con la amistad, la aceptación, el respeto y, sobre todo, con

mucho humor, a compensar la estrechez provinciana y los embates de la vida, y a seguir adelante en la labor poética.

Queda visto que 1952 resultó ser un año clave, en lo que atañe a la conjunción de la O. P. I. y del café Niké —aunque la primera viviera solo aún en la cabeza de su fundador, y un poco también en García Abrines y Celaya—, así como un punto de inflexión en la historia de la literatura aragonesa contemporánea.

El 19 de febrero del 52, la revista *Verbo* publica, en su triple número 23-24-25, una *Antología del surrealismo español*, donde se incluyeron cinco poemas de Miguel Labordeta. Pero, en cambio, en junio la publicación de su poemario *Los nueve en punto* queda gubernamentalmente prohibida. El 17 de octubre, una carta de su amiga Sol Acín —hija del pintor y escultor oscense Ramón Acín— se atreve a decirle lo que ninguna mujer le había dicho hasta entonces, que ya no es un adolescente, y tiene que crecer y madurar (2015b: LI). Tras el abandono de su tesis y por complacer a su padre, Labordeta trabajaba dando clases en el colegio familiar, el Santo Tomás de Aquino, pero realmente no le gustaba. No obstante, el gran golpe vendría con la muerte de su padre, don Miguel Labordeta Palacios, en mayo del 53; y cuando Miguel, como hijo primogénito, deba sustituirle en la dirección del colegio. El duelo, las desilusiones, los hastíos y las responsabilidades van cargando las espaldas del poeta, pero no es menos cierto que también influyen en su poesía y determinan su voz lírica.

El 29 de octubre del 52, a José María Aguirre, contertulio y colega del Niké, se le ocurre comentar en su artículo de *Índice de Artes y Letras* que «aquí en Zaragoza [...] la Cultura —pomposa palabra— está al nivel del bordillo de las aceras». Para colmo, apunta que aquella idea la recogió de una conversación en el café Niké. Y en la ciudad cayó aquello como una bomba, lo que *El Noticiero* calificó como una «polvareda en otoño». Aún faltaba la guinda del pastel, y la puso Miguel Labordeta. Avanzada ya una tarde de ese otoño, en el popular programa radiofónico de José María Zaldívar, *El Vigía de la Torre Nueva*, Miguel aprovechó una de esas ocasionales invitaciones que recibía para recitar en Radio Zaragoza, y pidió a su compañero Pedro Dicenta —ambos entonces profesores en el colegio Santo Tomás de Aquino— que declamara un poema de ese libro que la censura no le dejaba publicar. Dicenta declamó «Un hombre de treinta años pide la palabra», y no dejó a nadie indiferente en la ciudad. Las audiencias de mayor edad se escandalizaron, pero muchos de los jóvenes quedaron fascinados. La fama del mayor de los Labordeta subió como la espuma en Zaragoza, para bien o para mal, mientras la cultura zaragozana entraba en una nueva etapa. Quizá la fama del café Niké, de forma colateral, se viera también afectada.

Con el tiempo, la nómina de poetas parroquianos del Niké iría aumentando. En esto intercedieron contactos comunes, relaciones pasadas y retomadas, y curiosas coincidencias. Un domingo de febrero de 1953, por ejemplo, José Ignacio Ciordia (1930-2012) hacía su aparición en el Niké, a la espera de Manuel Rotellar, guionista y crítico de cine. Como este tardaba en acudir, y Ciordia tampoco podía dejar de reparar en el curioso grupo que alborotaba el ambiente, estos finalmente le invitaron a sentarse a la mesa (Ibáñez, 2004: 130-131). De la mano de Rotellar, vendría también al café Fernando Ferreró

(1927), vecino de siempre y compañero de la infancia de los Labordeta, en cuyo colegio estudiaría el curso preparatorio universitario; y en cuya revista publicaría su primer poema.

Poco antes o poco después de Ferreró, si no al mismo tiempo, llegaba la hornada de los jóvenes. Rosendo Tello (1931), un joven venido de Letux que fue empleado por don Miguel Labordeta como ayudante de profesor en el Santo Tomás desde octubre de 1950, mientras se preparaba el examen de acceso universitario como alumno libre; Emilio Gastón (1935-2018), alumno también del colegio de los Labordeta, quien llegaría a ser el primer Justicia de Aragón tras la dictadura; y José Antonio (1935-2010), el pequeño de los Labordeta, el rostro más reconocido del grupo por su futura carrera política y musical.

Benedicto Lorenzo de Blancas aparecería en 1954, según sus propias palabras (1989: 78), y de la mano de Guillermo Gúdel, al igual que Luciano Gracia, entre 1957 y 1958 —no está del todo claro—, al coincidir de nuevo como compañeros de oficio en la Imprenta Provincial. Más tardía, no obstante, sería la llegada del jovencísimo estudiante de Filosofía y Letras, José Antonio Rey del Corral (1939-1995), en el curso de 1960, que por edad ejerció de puente generacional entre el Niké y los poetas universitarios zaragozanos de los años 60 —Ana María Navales, Mariano Anós, Fernando Villacampa, Ignacio Prat, etc.—. Por último, Miguel Luesma Castán (1929-2012) hacía su aparición en 1963 (González Plumed, 1977: 154).

Los firmantes del «Manifiesto Ópico», como buenos ciudadanos del mundo, se encontraban dispersos por la geografía, pero no en el Niké, y tampoco parece que aportaran iniciativas y proyectos que se correspondieran con las inquietudes creativas de Miguel Labordeta. En cambio, ninguno en el Niké tenía su nombre recogido en el texto, y lo recibieron, como a la O. P. I., con mucha más emoción. No es de extrañar en un grupo que irradiaba un adictivo «entusiasmo», que es la palabra que subraya Tello en sus memorias, «si se me pidiera resumir el espíritu del Niké en un solo término» (2008: 303). La quimérica Oficina Poética Internacional encontró al fin su lugar y su gente.

En julio de 1955 Miguel Labordeta decidió celebrar, por todo lo alto, una cena por su 34 cumpleaños e invitó a sus colegas poetas. Tal debió de ser la juerga, que sentó precedente. Después de las cenas acostumbraron a disfrazarse, bromeando y realizando carnalescos y escandalosos rituales de iniciación e ingreso en la O. P. I., y nombramientos de sus nuevos miembros, incluso con entrega de diplomas, títulos y carnets de Ciudadanos del Mundo. Una cena de diciembre del 56 debió de ser también para el recuerdo. Las fotos que se conservan en el legado de Miguel Labordeta en la Universidad de Zaragoza —con el sello de revelado fotográfico de 8 de diciembre de 1956— muestran al grupo casi al completo, y pueden verse unos cinco o seis diplomas de la O. P. I., cuyos beneficiarios sostienen con orgullo y alegría.

Se puede decir entonces que la plena unión de las dos entidades, la Oficina Poética Internacional de Miguel Labordeta y los poetas del Niké, se produjo en 1952 y, con ese entusiasmo contagioso, con esa sinergia creativa, el fenómeno literario colectivo llegó a su plenitud a finales de los 50 y la primera mitad de los 60. Del seno del grupo no solo surgió la inspiración mutua para escribir y publicar, sino

que ellos mismos crearon las revistas, las colecciones y las editoriales, los medios donde publicar su propia obra y con los que promocionar a otros también.

José Antonio Labordeta dirigió la revista *Orejudín* (1958-1959), con su propia colección de libros de poemas, donde publicaron muchos del grupo, como Ferreró, Gastón, Tello, García Abrines o los hermanos Labordeta. *Despacho Literario* (1960-1963) la fundó Miguel Labordeta como órgano de expresión oficial de la O. P. I. Julio Antonio Gómez se animó con la revista *Papageno* (1958-1960), que solo duró dos números, y la revista *Poemas* (1962-1964), dirigida por Guillermo Gúdel y Luciano Gracia, sobrevivió finalmente en forma de colección de libros de poesía hasta los años 80, siendo una de las más relevantes en Aragón, con más de cincuenta títulos publicados. También fueron fundadas editoriales, como Coso Aragonés del Ingenio —entre Emilio Gastón, Emilio Alfaro, José Antonio Anguiano y Joaquín Mateo Blanco—. O Javalambre, de Eduardo Valdivia, a partir de la cual Julio Antonio Gómez crearía la colección de poesía *Fuendetodos*, considerada una de las más bellas y cuidadas en la historia literaria reciente, y con un catálogo que incluía autores locales, en el caso de Luciano Gracia, José Antonio Labordeta, Ildefonso Manuel Gil y el propio Julio Antonio Gómez, y grandes firmas nacionales como Gloria Fuertes, Leopoldo de Luis, Blas de Otero, Gabriel Celaya, Luis Rosales, Ramón de Garciasol o Vicente Aleixandre. *Fuendetodos* sería inaugurada con *Los soliloquios*, el último libro de Miguel Labordeta, publicado, no obstante, de forma póstuma por apenas unas semanas.

Mediando los años 60, comenzaba la diáspora del grupo, sobre todo por parte de los profesores, que partieron a dar clases con destinos fuera de Zaragoza —Fernando Ferreró, José Antonio Labordeta, Rosendo Tello, Eduardo Valdivia—, o incluso fuera de España, como es el caso de José Antonio Rey del Corral, aunque acudiesen al café en los períodos vacacionales hasta su regreso definitivo a la capital aragonesa. No es el caso de Luis García Abrines, que no volvió de Estados Unidos desde que se marchara en 1954.

Pero el fenómeno literario, esta pequeña edad de oro de apenas veinte años, si no murió, sufrió el principio del fin en 1969. Ese año, el café cerró sus puertas y murió su genio poético, Miguel Labordeta, es cierto. Pero solo un año después, en noviembre del 70, fallecería también Raimundo Salas con 38 años, que llevaba viviendo en Madrid desde mediados de los 60. En agosto del 71 murió Eduardo Valdivia, también muy joven. Por su parte, en la primavera del 73, y harto ya de años de denuncias, detenciones, cárcel y destierros parisinos, Julio Antonio Gómez se marcha a Tánger, luego a las Canarias, para no volver. Pedro Marín Ágreda, también profesor, y encarcelado en una ocasión, se marchó a Madrid. Y José Ignacio Ciordia, para salir de su alcoholismo y su dolor, decide en 1975 cortar todas sus relaciones, quemar todos sus escritos y olvidar su etapa de poeta bohemio, de la que tanto le costaría hablar con nadie a partir de entonces.

De 1952 a 1969 se encuadran las fechas y los eventos centrales de la más importante promoción literaria en Aragón. Tan inspiradora debió ser la estela de aquel grupo que, paradójicamente, el grueso de las publicaciones de los poetas que sobrevivieron se produjo a partir de entonces. Pero además, el fenómeno O. P. I.-Niké supuso una referencia cultural para los jóvenes poetas zaragozanos.

La mencionada promoción de universitarios de los años 60 fue descubriendo poco a poco que, fuera de las páginas de los autores consagrados que leían con tanta avidez, en su propia ciudad y en su propio tiempo vivían poetas a los que quizá convenía leer y conocer también. Estos jóvenes, que en su nueva sensibilidad buscaban expresiones culturales diferentes construyendo medios y circuitos que entonces llamaban *underground*, se acercaban al café en sus años finales sabiéndolo el reducto de una cultura alternativa a la de la oficialidad institucional que reuhuían. Fernando Villacampa, que acudió con frecuencia junto a su compañero Rey del Corral, recuerda su primera entrada en el café, «receloso de tener que acreditar mi condición de vate, de verme en el trance de someter mis endecasílabos a la rigurosa consideración de los contertulios» (1996: 184), para terminar siendo interrogado sobre la serie televisiva *Elliot Ness y los intocables*, y descubrir más tarde que allí «si se hablaba de poesía, se hacía sobre la obra de algún ausente, y rara vez había unanimidad: las actitudes iban desde el panegírico hasta el pitorreo» (ibid.). Por su parte, Ana María Navales acudía al café junto a otros compañeros, compartiendo su admiración: «Cercanos y mudos espectadores de una tertulia cuyas conversaciones se nos antojaban más de una vez surrealistas, intuíamos que aquello era algo importante» (1978: 17). Ángel Guinda también, por aquel entonces, trababa amistad con Manuel Pinillos, Miguel Luesma o Guillermo Gúdel, para beber de sus magisterios en su empeño por madurar su voz poética.

Pero más allá de las afinidades, las amistades y la pasión compartida por la literatura, la continuidad generacional entre los poetas del Niké y los universitarios se materializó en las imprentas. Mariano Anós publicó su primer libro en la colección Poemas de Gracia y Gúdel, y en la colección Puyal que fundó Guinda en los años 70, incluyó entregas de Pinillos, Gracia y Rey del Corral. Cuando Navales confeccionó su *Antología de la poesía aragonesa contemporánea*, prácticamente todos eran poetas de la O. P. I.-Niké, mientras que algunos de los libros que escribió la propia Navales recibían reseñas de Tello o Pinillos en *Heraldo de Aragón*. Aunque el proyecto más sonado e interesante de esta colaboración entre generaciones es la secuestrada *Generación del 65. Antología de poetas hallados en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza*, de 1967. Con espaldarazo y prólogo de Miguel Labordeta, esta nutrida muestra de la novísima poética pop —antes que los novísimos de José María Castellet— la editó Luciano Gracia en su taller para la colección Poemas. Pero la tirada aún no había terminado de encolarse cuando la censura prohibió la publicación del libro, haciéndola desaparecer, a pesar de los dos o tres ejemplares que consiguió salvar Gracia cuando en su imprenta se presentaron los agentes de la policía.

Mientras cabe esperar una necesaria reedición crítica de este testigo poético generacional, aún faltan estudios amplios y de conjunto que sitúen a este grupo de poetas en el lugar que merecen como promotores e impulsores de la cultura literaria aragonesa contemporánea en el marco de la literatura española del siglo XX. Aún hoy, en el umbral de la tercera década del siglo XXI, algunos autores aragoneses siguen leyendo, nombrando y bebiendo de los poetas del Niké y la Oficina Poética Internacional, así como de los entonces universitarios de los 60 y 70 que tomaron el relevo poético. Y es cierto que no falta bibliografía sobre muchos de ellos. Es interesante a este respecto el documental que dirigió Nacho Escuin (2013) sobre el grupo, además de las ediciones críticas y los estudios que

han ido apareciendo desde la década de los 80 hasta años muy recientes sobre la obra de algunos ellos, como Julio Antonio Gómez (Pérez Lasheras, 1992; Saldaña, 1994), José Ignacio Ciordia (2008), Manuel Pinillos (2008; Calvo, 1989), José Antonio Labordeta (2011), Miguel Labordeta (2015a, 2015b; Romo, 1988), Fernando Ferreró (2016); así como biografías, tales las de Julio Antonio Gómez (Pérez Lasheras, 1992), Guillermo Gúdel (Gracia Diestre, 2003), Miguel Labordeta (Ibáñez, 2004) o José Antonio Labordeta (Pérez Lasheras, 2011); y actas de congresos sobre Miguel Labordeta (VV.AA., 1996) o José Antonio Rey del Corral (VV.AA., 1999). Pero tampoco es menos cierto que entre los autores aragoneses más jóvenes cada vez son menos conocidos. Las nuevas promociones poéticas no deberían olvidar los valiosos frutos de aquellos que, con esfuerzo, talento, sacrificio y pasión, iniciaron una espléndida etapa de la literatura en Aragón cuyo pulso se prolonga hasta el presente.

### **Bibliografía**

- ALFARO, Emilio (1973). «La OPI y su mundo», *Andalán*. N.º 14-15, Coleccionable 2, pp. 45-48.
- BARREIRO, Javier (2006). «Luis García-Abrines. La palabra oculta de Aragón», *Criaturas Saturnianas*. N.º 4, pp. 221-239. Accesible on-line en el blog del autor: <https://javierbarreiro.wordpress.com/2016/06/20/la-palabra-oculta-de-aragon-luis-garcia-abrines/> (consultado el 12 de abril de 2020).
- CALVO CARILLA, José Luis (1989). *Introducción a la Poesía de Manuel Pinillos. Estudio y Antología*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, Colección Humanidades, N.º 10.
- CIORDIA, José Ignacio (2008). *Poesía completa*. Ignacio Escuín (ed.), Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, Colección Larumbe N.º 60.
- ESCUÍN BORAÑO, Ignacio (2013). *Café Niké. Oficina Poética Internacional*. [Documental].
- FERRERÓ, Fernando (2016). *Obra poética completa*. Julio del Pino Perales (ed.), Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, Colección Larumbe, N.º 88.
- GONZÁLEZ PLUMED, María Teresa (1977). «Poesía metafísica de Miguel Luesma Castán», *ARAGÓN-2000*. N.º 18, pp. 153-199.
- GRACIA-DIESTRE, Antonio (2003). *Guillermo Gúdel. Biografía de un poeta esencial*. Zaragoza: Diputación de Zaragoza, Colección Benjamín Jarnés N.º 5.
- GÚDEL, Guillermo (1988). «Penúltima comunicación con Julio Antonio Gómez», *Samprasarana*. Colegio Santo Tomás de Aquino [s.n.].
- IBÁÑEZ IZQUIERDO, Antonio (2004). *Miguel Labordeta. Poeta violento idílico 1921-1969*. Zaragoza: Ibercaja Obra Social, Biblioteca Aragonesa de Cultura N.º 23.
- LABORDETA, José Antonio (1981). «Manuel Pinillos o la voluntad de la poesía», *Andalán*. N.º 347, pp. 34-37.
- LABORDETA, José Antonio (2011). *Setenta y cinco veces uno. Poesía Reunida (1945-2010)*. Antonio Pérez Lasheras (ed.), Zaragoza: Editorial Eclipsados, 2 vol.
- LABORDETA, Miguel (1950). «Poesía revolucionaria», *Espadaña*. N.º 47 [s.n.].

- LABORDETA, Miguel (1951). «Ni poesía pura ni poesía popular», *El Correo Literario*. N.º 20 [s.n.]
- LABORDETA, Miguel (1983). *Obra completa*. Clemente Alonso Crespo (ed.), Barcelona: Los Libros de la Frontera, Colección de Poesía El Bardo N.º 10-11-12 (3 Vol.).
- LABORDETA, Miguel & Gabriel CELAYA (2015a). *Epistolarios inéditos*. Jesús Rubio (ed.), Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, Colección Larumbe N.º 83.
- LABORDETA, Miguel (2015b). *Obra publicada*. Antonio Pérez Lasheras & Alfredo Saldaña (eds.), Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, Colección Larumbe N.º 84.
- LORENZO DE BLANCAS, Benedicto (1986). «Luciano Gracia Bailo», *Andalán*. N.º 463, p. 22.
- LORENZO DE BLANCAS, Benedicto (1989). *Poetas aragoneses. El Grupo del Niké*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- MARTÍNEZ BARCA, María Pilar (2000). *Manuel Pinillos o la consagración a la poesía*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- NAVALES, Ana María, *Antología de la Poesía Aragonesa Contemporánea*, Librería General, Colección Aragón N.º 21, Zaragoza, 1978.
- PÉREZ LASHERAS, Antonio (1992). *Una pasión sombría. Vida y obra de Julio Antonio Gómez* (2 vol.). Zaragoza: Diputación de Zaragoza.
- PINILLOS, Manuel (2008). *Poesía completa (1948-1982)*. María Pilar Martínez Barca (ed.), Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, Colección Larumbe, N.º 57.
- ROMO, Fernando (1988). *Miguel Labordeta: una lectura global*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, Colección Humanidades, N.º 9.
- SALDAÑA, Alfredo (1994). *Con esa oscura intuición. Ensayo sobre la poesía de Julio Antonio Gómez*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, Colección Humanidades, N.º 26.
- TELLO, Rosendo (1984). «Frente al espejo del Niké», en *OPI-Niké. Arte y Cultura independientes en una época difícil*. Vol. 1, Zaragoza: Ayuntamiento de Zaragoza, pp. 45-61.
- TELLO, Rosendo (2008). *Naturaleza y poesía: Memorias (1931-1950)*. Zaragoza: Prames, Las Tres Sorores.
- VILLACAMPA, Fernando (1996). «El hombrón jovial y los jovenzanos pretenciosos en la gusanera», en *Hacia lo alto del faro. Actas del Congreso Sumido-25. Homenaje a Miguel Labordeta, (Zaragoza, 11 al 15 de abril de 1994)*. *STVDIVM. Revista de Humanidades*, N.º 2. Teruel: Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de Teruel, Universidad de Zaragoza, pp. 183-187.
- VV. AA (1996). *Hacia lo alto del faro. Actas del Congreso Sumido-25. Homenaje a Miguel Labordeta, (Zaragoza, 11 al 15 de abril de 1994)*. *STVDIVM. Revista de Humanidades*, N.º 2. Teruel: Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de Teruel, Universidad de Zaragoza.
- VV. AA (1999). *Inventario de ausencias del tiempo despoblado. Actas de las Jornadas en homenaje a José Antonio Rey del Corral, celebradas en Zaragoza del 11 al 14 de noviembre de 1996*. Antonio Pérez Lasheras & José Luis Rodríguez (eds.). Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, Colección Humanidades, N.º 37.